

Gustavo del ÁNGEL-MOBARAK, Carlos BAZDRESCH y Francisco SUÁREZ, comps. *Cuando el Estado se hizo banquero. Consecuencias de la nacionalización bancaria en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 344 pp.

El libro que nos ocupa estudia un período fascinante de la historia financiera de México. En septiembre de 1982, unos meses antes de terminar su mandato, el presidente López Portillo anunció dos decretos que iban a tener una trascendencia fundamental para la economía mexicana: la nacionalización de la banca y el establecimiento de un control de cambios. El libro recoge un conjunto de trabajos que analizan el proceso de nacionalización desde diferentes puntos de vista. En la introducción, que no es un mero resumen de los trabajos sino una exposición de las tesis que defienden los autores de la misma, Del Ángel-Mobarak, Bazdresch y Suárez realizan un magnífico estado de la cuestión sobre las causas y consecuencias de la nacionalización de la banca mexicana. López Portillo justificó la nacionalización como una medida necesaria para mejorar el control de cambios y evitar la fuga de capitales en un período de grave crisis económica. Del Ángel-Mobarak, Bazdresch y Suárez consideran, sin embargo, que las causas de la nacionalización fueron políticas y no económicas. Además, mantienen que en el largo plazo esta decisión fue negativa, tanto para la economía mexicana como para la vida política del país.

El libro está dividido en seis partes, unos comentarios finales y dos apéndices. Cada una de las partes recoge diversos trabajos de investigación realizados por especialistas y testimonios de personas involucradas en el proceso. La primera parte del libro analiza la evolución de la banca mexicana hasta 1982. La inicia Del Ángel-Mobarak estudiando sus características hasta la nacionalización: una banca que crece desde 1940, con entidades saneadas y muy rentables, pero con una escasa penetración en la economía. Para este autor, la banca no fue el origen de los problemas, sino que fueron los problemas económicos los que se trasladaron al sistema bancario. Agustín Legorreta, presidente de BANAMEX, y Rubén Aguilar, director general del Banco Nacional de México, ofrecen sus testimonios. Legorreta ratifica las conclusiones de Del Ángel-Mobarak y caracteriza a la banca mexicana como una banca en crecimiento, con una alta profesionalidad de sus empleados y unos niveles de saneamiento y rentabilidad adecuados, pero con un escaso nivel de penetración que atribuye a una política muy restrictiva de apertura de sucursales bancarias.

La segunda parte del libro se centra en el contexto económico de la nacionalización. Tras analizar el contexto macroeconómico, Mauricio González afirma que: "los bancos fueron el conducto por el que se canalizaba el desorden fiscal y monetario del país y no la causa de éste". El mal funcionamiento de la economía mexicana se explicaría por las malas decisiones de política económica y no por la actuación de la banca. Alfredo Phillips, por su parte, estudia el contexto internacional, buscando en qué medida los factores externos (caída en las exportaciones, variabilidad de los

tipos de interés, etc.) pudieron condicionar la crisis mexicana. El testimonio, muy interesante, de esta segunda parte es de Jesús Silva-Herzog, secretario de Hacienda en 1982, que explica su oposición a la medida adoptada por López Portillo en ese momento.

La tercera parte del libro, probablemente la más atractiva, aborda el problema de la nacionalización bancaria. Carlos Bazdresch plantea tres hipótesis: una, la nacionalización como consecuencia de los errores en la política económica de López Portillo; dos, la nacionalización como una vía para acabar con la especulación bancaria y modificar la estructura económica del país (“la versión oficial”); y tres, la nacionalización como el resultado de una pugna entre el gobierno y los banqueros, siendo esta hipótesis, defendida por Carlos Elizondo, la que bajo su punto de vista tiene una mayor coherencia. Termina su capítulo con un breve análisis de las consecuencias del proceso, destacando, en el terreno económico, el aumento de los recursos dirigidos al sector público, la caída de la inversión, el aumento de las fugas de capitales y la caída en la tasa de crecimiento; y, en el terreno político, la situación de rechazo de los empresarios hacia el gobierno. Elizondo expone con mayor detalle la tercera hipótesis sobre las causas de la nacionalización bancaria. Para éste, dicha medida fue una decisión personal y no una fatalidad histórica impuesta por las circunstancias. El capítulo termina con un breve análisis de las consecuencias de la nacionalización: pérdida de confianza de los empresarios, surgimiento de una nueva fuerza política (el PAN) y destrucción de una generación de banqueros. La tercera parte finaliza con dos testimonios. Para Carlos Abedrop, empresario banquero, la nacionalización supuso la pérdida de una generación de banqueros y el surgimiento de un nuevo movimiento político. No tan firme se muestra el segundo contribuyente, David Ibarra, quien no hace una clara valoración de dicho proceso.

La cuarta parte del libro se centra en la etapa de nacionalización. Francisco Suárez Dávila considera que la nacionalización fue un error. En su opinión, la situación de la banca mexicana empeoró a partir de 1981 por los problemas económicos del país y por la administración inadecuada de algunas entidades, fundamentalmente de algunos bancos que tenían estrechos lazos con empresas industriales y que canalizaron sus créditos hacia empresas participadas sin demasiadas garantías. Para Suárez, la nacionalización permitió que la banca se convirtiese en un instrumento útil para financiar el déficit del Estado, favoreció las fusiones, mejoró la rentabilidad y la productividad del sector —idea que también aparece en el trabajo de Carlos Cales—, pero no tuvo impacto, ni en el proceso de captación de ahorro, ni en la financiación privada de la economía. Para Ernesto Fernández Hurtado —que también explica en su capítulo cómo se adaptaron los bancos a la nueva situación—, antes de la nacionalización la banca mexicana era el mejor sistema financiero de América Latina, hecho que hace más inexplicable aún la decisión de nacionalizar.

La quinta parte del libro ahonda en las consecuencias de la nacionalización. A juicio de Jesús Marcos Yacamán había otros mecanismos para solventar los problemas de la economía mexicana que no exigían dicha nacionalización, cuyo principal impacto fue una reducción en el número de entidades y en el ahorro, un escaso aumento del crédito a las pequeñas y medianas empresas, un incremento de la financiación al Estado y un mayor protagonismo de los intermediarios financieros no bancarios (casas de bolsa). Considera que las entidades perdieron incentivos para mejorar la eficiencia y que las actuaciones no siempre se guiaron por criterios económicos sino políticos, conclusión que estaría en contra de la idea de mejora en la eficiencia y la rentabilidad a la que hacen mención Suárez Dávila y Carlos Sales. Sobre el papel de las casas de bolsa trata el capítulo de Susan Minushkin. Para esta autora, la nacionalización modificó la estructura del sistema financiero mexicano al favorecer la desintermediación bancaria y la desaparición de las antiguas familias de banqueros. De hecho, cuando en 1991 se inició la reprivatización, una gran parte de las ofertas llegaron de grupos financieros integrados por “casabolseros” (14 sobre un total de 18) y muy pocas de la antigua clase bancaria.

La sexta y última parte del libro analiza las consecuencias vinculadas a la reprivatización. José Antonio Murillo, del Banco de México, afirma que el acuerdo sobre la necesidad de reprivatizar la banca fue generalizado —posición que no comparte Osvaldo Santín—, que los precios pagados en las subastas fueron adecuados, que mejoró la competencia y que aumentó el porcentaje de financiación destinado al sector privado. Para Murillo, la crisis bancaria de 1995 no fue una consecuencia de la reprivatización, sino del deterioro de la situación económica. Alicia Girón, en segundo lugar, estudia el proceso de extranjerización de la banca mexicana que se produjo a partir de su reprivatización durante los años noventa. El resto de capítulos son muy breves y recogen aspectos muy variados. Stephen Haber analiza la nacionalización desde el punto de vista de los derechos de propiedad. Osvaldo Santín considera que la reprivatización se realizó por motivos políticos: los bancos no estaban mal administrados ni tenían malos resultados, sino que se decidió reprivatizar como golpe de efecto para recuperar la confianza de los inversores: los que adquirieron los bancos se convirtieron en aliados estratégicos del gobierno y su relación con la financiación del PRI fue muy estrecha. Jorge Hierro, por su parte, presenta algunos argumentos para desvincular la privatización de la crisis de 1995. Finalmente, Oscar Sánchez señala como factor fundamental de la crisis de 1995 la concentración de la actividad de los bancos en el sector de bienes no comercializables.

El libro termina con un apéndice estadístico y otro documental que permiten una mejor apreciación del proceso de cambio de la banca mexicana desde la nacionalización en 1982 hasta la actualidad.

Para cualquier investigador interesado en cuestiones financieras el libro es apasionante. Al analizar distintos aspectos vinculados a la nacionalización (causas,

consecuencias, reprivatización) desde diferentes puntos de vista, el lector puede obtener una visión muy general del problema. En lo que a las causas se refiere, quizá se echa de menos la inclusión de un capítulo de alguien cercano al gobierno, en el que se expusiesen con más detalle los argumentos que se barajaron en aquel momento para justificar la nacionalización. Además, como no todos los testimonios tienen la misma calidad e interés, deberían haberse incluido al final del libro para separar completamente éstos de los trabajos de investigación. La parte más complicada se refiere a las consecuencias de la nacionalización, ya que el lector no acaba teniendo una idea muy clara de cuál fue el impacto de la misma en el funcionamiento del sistema bancario mexicano. En cualquier caso, y pese a estos comentarios menores, recomiendo absolutamente la lectura de este libro no sólo por el interés del tema abordado, sino también porque a través de su lectura hay distintos aspectos de la evolución del sistema bancario mexicano que animan, sin duda, a la realización de una comparación con el sistema bancario español. Hay una pregunta que queda en el aire y para la cual quizá sería útil utilizar el caso español: ¿cuál hubiese sido la evolución del sistema financiero mexicano si no se hubiese procedido a su nacionalización?

María Ángeles Pons Briàs
Universidad de Valencia